



Irán: malas noticias

Rafael L. Bardají

Apunte nº 71

1 de septiembre de 2008

¿Sabe usted qué hacer en caso de guerra nuclear? Pues más le vale ir aprendiéndolo, pues si la comunidad internacional no es capaz de parar el programa nuclear iraní, Irán tendrá su bomba en poco tiempo y una vez que lo consiga, los ayatolas de Teherán, la utilizarán. Es para lo que la quieren. En ese punto, veremos lo que nunca hemos presenciado, una guerra con armas atómicas. Y entonces sabremos de sus consecuencias.

Efectivamente, la mala noticia es que Irán quiere la bomba. Lleva muchos años detrás de ella y no parece que sus líderes actuales estén dispuestos a renunciar a sus ambiciones atómicas. Para Jamenei, supremo líder espiritual, como para Ahmadinejad, el actual presidente iraní, renunciar a la bomba equivaldría a renunciar a tres cosas muy preciadas para ellos: a la hegemonía persa sobre toda la región; a la supremacía shií sobre la mayoría sunií en el mundo islámico; y a servir de ariete

de la revolución fundamentalista. No lo olvidemos, Irán, con su pasado imperial persa, se cree superior a sus vecinos árabes; Irán, mayoritariamente shií piensa que ha sido indebidamente sometida y marginada en el mundo musulmán; y, finalmente, Irán, motor de la revolución islamista, primera republica islámica sobre la faz de la tierra, se siente obligada a exportar su revolución allende sus fronteras. No hay incentivos que puedan satisfacer tamañas aspiraciones.

La segunda mala noticia es que no estamos equivocados sobre el programa nuclear iraní y sus imparable avances, aunque a veces preferamos no reconocerlo. Lo que se sabe de él no se debe a la dedicación y esfuerzo de los servicios de inteligencia –tan equivocados en tantas cosas por exceso o por defecto–, sino gracias a los técnicos e inspectores del Organismo Internacional de la Energía Atómica, agencia dependiente de las Naciones Unidas. En

sus sucesivos informes no hay lugar para la especulación, la extrapolación o la inventiva, sólo la certificación de lo que ven. Y lo que han estado viendo en estos últimos años es tan revelador como claro: Irán, en contra de la legalidad internacional, a sus compromisos voluntariamente adquiridos en tanto que signatario del Tratado de No Proliferación, ha estado acelerando el enriquecimiento de uranio. Tanto es así, que el siempre tibio director del OIEA, el egipcio Al Baradei, ha reconocido en una reciente entrevista a la cadena Al Arabiya, el pasado 20 de junio, que “considerando el número de centrifugadoras que Irán tiene ya en funcionamiento, tardará de seis meses a un año en obtener el material necesario para una bomba nuclear”. Quien no me crea, que se descargue la entrevista en árabe desde el archivo de la cadena o, traducida, de Youtube.

La tercera mala noticia son las intenciones de Irán para su bomba. No hay nada en su defensa que justifique o exija el armamento nuclear. Al contrario, comparada su situación estratégica actual con la de hace pocos años, los líderes de Teherán deben sentirse mucho más protegidos y fuertes. Para empezar, sus peores enemigos en la zona han desaparecido gracias a los americanos: los talibán en el Este y Saddam Hussein en su Oeste; por otro lado, el Gran Satán, los Estados Unidos han sufrido el infierno en Irak (en buena medida gracias a las injerencias iraníes) y se supone que, sea quien sea el nuevo inquilino en la Casa Blanca, el país no está para nuevas hazañas bélicas; por su parte

Israel ha perdido su imagen de imbatibilidad tras el relativo fiasco frente a Hizbolá (una criatura al servicio de Teherán, no lo olvidemos) de hace dos años y se haya inmerso en una profunda crisis política que vuelve muy difícil tomar una decisión arriesgada. No, Irán no necesita una bomba atómica para defenderse. Pero sí le viene muy bien para la santuarización de sus actividades. Es decir, sabiendo que nadie se atrevería con un Irán atómico, su política exterior a través de sus lacayos, como Hizbolá o Hamas, u otros grupos terroristas, sin duda se intensificaría y se haría más y más osada. Para eso sí que le sirve –y muy bien– el paraguas nuclear. Como también le serviría para realizar los sueños apocalípticos del actual líder Mahamud Ahmadinejad, quien cree que la venida del Mahdi está próxima y que se puede y debe acelerar a través de una gran crisis. Es más, sólo con el arma atómica podría alcanzar su peculiar sueño de “borrar a Israel del mapa”. Para eso sí que le es imprescindible, vital, la bomba. Pero eso no tiene nada de defensivo, más bien todo lo contrario.

La cuarta mala noticia es que frente a dirigentes nada racionales según nuestra lógica o que responden a una lógica bien distinta, como pueda ser Ahmadinejad, la disuasión para que no tome decisiones que nos pondrían al borde del abismo mismo, no funciona. Irán del 2008 no es la URSS de la Guerra Fría. Tenemos visiones estratégicas antagónicas, empleamos un lenguaje distinto y no se dan todos los elementos que dieron estabilidad estratégi-

ca al enfrentamiento Este-Oeste. Es más, la asimetría geográfica y demográfica entre Israel e Irán hace imposible la disuasión mutua nuclear. Sin destrucción mutua asegurada no hay ni puede haber disuasión mutua asegurada y es un hecho incontestable que Israel es un país de una sola detonación nuclear. Aún peor, mientras que los dirigentes israelíes, como el resto de occidentales, sienten aversión a las bajas civiles, máxime si son masivas, puede muy bien que eso sea secundario en la mente de los ayatolas de Teherán. Baste recordar cómo enviaron en su día a millón y medio de desarrapados a morir a manos iraquíes, armados con una llave de cartón que supuestamente les abriría las puertas del paraíso. No, la bomba iraní no se podrá disuadir porque, a diferencia de las occidentales, no está pensada para la disuasión, sino para ser usada.

La quinta mala noticia es que al igual que el juego diplomático de unos y otros sólo ha servido para que Irán ganase tiempo, avanzase en sus diseños y se pusiera manos a la obra del enriquecimiento de uranio a escala industrial, las sanciones adoptadas por las Naciones Unidas o unilateralmente por los Estados Unidos y los miembros de la UE, tampoco van a funcionar. Los dirigentes iraníes están preparados para aguantar, saben de la debilidad de nuestras empresas y, además, esperan que para cuando les duela, ya

habrán alcanzado su objetivo, la bomba. Estamos en una carrera contrareloj en la que las sanciones pierden frente a los avances en el programa iraní. Sólo un embargo generalizado podría dañar prematuramente al régimen iraní, pero a tenor de las dificultades encontradas para poner en marcha las sanciones en vigor, limitadas a los componentes del programa nuclear, no es una baza en la que se pueda confiar.

El tiempo se agota, pero la buena nueva es que todavía podemos evitar un Irán nuclear: la OTAN debe discutir Irán en su nivel más alto. Y los aliados podrían aumentar su presencia militar en el Golfo. Hay que hacerles ver a los ayatolas que un ataque contra sus instalaciones nucleares es perfectamente factible y asumible. Si Norteamérica no lo ha hecho ya se debe a razones puramente políticas; si Israel no se atreve a hacerlo todavía es porque tiene miedo a las reacciones internacionales en su contra. Hace unos días, la aviación israelí realizó unas maniobras de ataque de largo alcance sobre el Mediterráneo. Hemos visto gracias a nuestros satélites de qué son capaces, pero son los iraníes quienes tendrían que saberlo inequívocamente. Se puede poner fin al programa nuclear iraní militarmente. Y se tendrá que hacer en su momento, salvo que se prefiera vivir una guerra nuclear. Comenzada por Irán. Porque cuando tenga la bomba, no dude de que la utilizará.